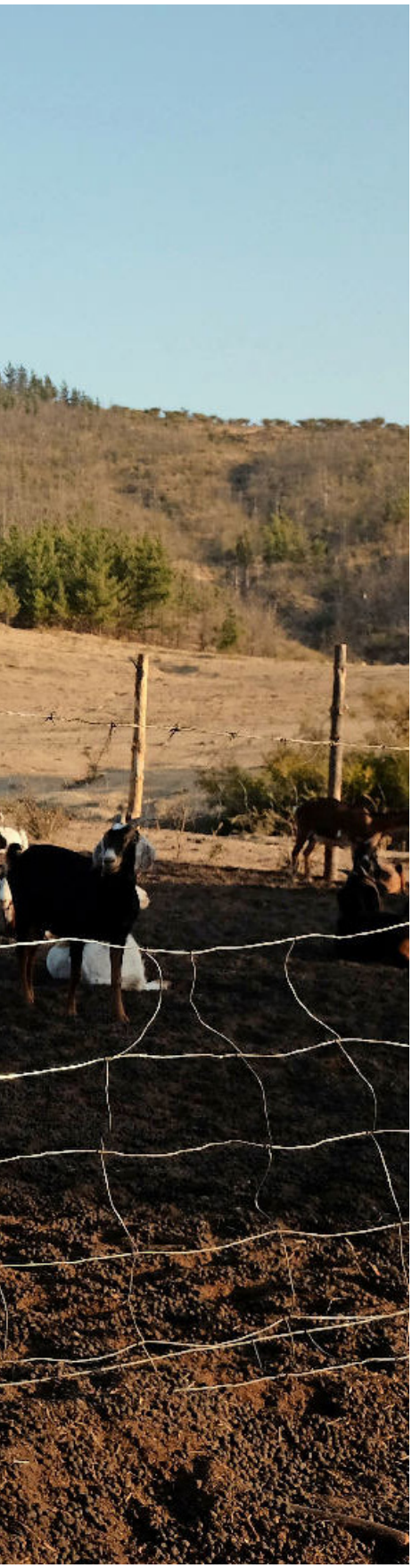
DESPLAZADOS POR LA SEQUÍA

Jacinto Castillo y Ana Aguilera llevan casi seis meses fuera de su casa. El 15 de septiembre del año pasado dejaron Illapel rumbo a Longaví, en la Región del Maule, para convertirse en capataces de una inédita trashumancia. Guiaron a casi dos mil animales en una migración de 600 kilómetros en busca de pasto. Una medida desesperada que los salvó de la insostenible sequía que padece el pueblo. ¿Cómo se vive arrancando de la falta de agua?

TEXTO Y FOTOS **JORGE ROJAS**



Una alfombra de pasto brotando de la tierra. Despuntando en pleno invierno. Pegado aún al suelo, como una barba de una semana de crecida. Pero pese a todo, verde. Y más verde hay en los cerros, donde están los pinos y algunos árboles nativos, agua corriendo, rocío matutino y mucha lluvia.

—Allá tenemos que llegar —le dice Ana Aguilera a su esposo, Jacinto Castillo, mientras miran unas fotografías que se proyectan en la pared.

El matrimonio está sentado en una reunión del Comité de Sequía, que sesiona en uno de los salones de la Municipalidad de Illapel. Allí están las autoridades del pueblo y más de 60 crianceros que, como ellos, también están ilusionados con el paisaje que ven. Es todo lo que no hay en Illapel. O, más bien, como era antes: un valle transversal lleno de vegetación, irrigado por el río del mismo nombre que baja desde la cordillera hasta juntarse con el Choapa, el afluente que corre por el valle contiguo.

Es comienzos de septiembre de 2019. El Comité de Sequía, que sesiona desde el año 2015, viene llegando de una gira por las regiones del Maule y Ñuble, donde visitaron algunos predios para cotizar arriendos. Desde hace algunas semanas, diversos grupos de campesinos comenzaron a organizarse para enviar sus animales al sur. Y, luego de algunos días, están allí mirando fotos, poniendo sus esperanzas en unos campos que por primera vez conocen.

La comisión les informa que hay dos terrenos disponibles: uno del Servicio Agrícola y Ganadero (SAG), en San Nicolás, Ñuble, y otro en Longaví, en el Maule. El primero es gratis, tiene 420 hectáreas y, lo que es bueno, tiene el pasto muy largo; el otro se arrienda en $12 millones, tiene 1.200 hectáreas y hay que esperar a que el pasto crezca. En los predios hay cupo para 2.000 animales. Prácticamente, la ciudad entera quedará sin ganado. Para juntar el dinero, los crianceros deberán pagar una cuota por cada animal que desean enviar —entre cabras, vacas y caballos—, mientras que el traslado correrá por cuenta de la minera Los Pelambres, a través de un convenio municipal.

—¡Qué lindura! —le agrega Ana a Jacinto, sin despegar los ojos de la foto.

Jacinto Castillo tiene 59 años y su esposa, 51. Viven en Quebrada de Cárcamo, un sector cerca de Illapel. Son crianceros desde que nacieron. Castillo, incluso, perpetúa una tradición familiar que ya bordea un siglo, luego de que sus abuelos y sus padres vivieran de esta misma actividad.

Hasta septiembre del año pasado, el matrimonio tenía 14 vacas, 14 caballos y 380 cabras, pero cada día eran menos. Los problemas con la sequía comenzaron a principios del invierno, cuando las cabras empezaron a abortar sus embarazos producto de la falta de forraje y las vacas se morían de hambre.

Fue entonces que alguien planteó la posibilidad de irse al sur a buscar el pasto. La idea se propagó entre los campesinos más desesperados, que le pidieron al Comité de Sequía gestionar un traslado masivo, el que se concretó el 11 de septiembre cuando 11 camiones con 176 vacunos y 49 caballos partieron desde la medialuna de doña Juana rumbo a San Nicolás.

Aunque en un principio se tenía proyectado llevar allí unos 1.000 animales, a última hora el SAG le traspasó la administración del fundo a la gobernación del Choapa, que decidió dividir ese cupo entre los crianceros de Illapel y Salamanca, la comuna contigua. Hasta entonces, según los números del municipio, en Illapel había fallecido el 45 por ciento de las 36 mil cabras y el 30 por ciento de los 10 mil vacunos.

"Hemos decidido ir a buscar el pastoreo donde está", dijo el alcalde Denis Cortés esa tarde, minutos antes de dar la partida a la caravana que él mismo encabezó, seguido por camiones con pancartas que decían: "Illapel ayuda a sus crianceros".

El fundo de San Nicolás estaba ubicado a 690 kilómetros de Illapel. La comitiva viajó toda la noche y a la mañana siguiente los camiones descargaron a los animales. Las vacas que tenían más energía bajaban del camión y lo primero que hacían era darle tarascadas al pasto, mientras que las más débiles trastabillaban y caían al suelo.

El desplazamiento fue noticia nacional. Una medida desesperada que, pese a lo extraño, no era la primera vez que se tomaba. A fines de la década de 1960, en medio de una sequía similar a la de este año —según recuerdan en el pueblo—, los padres de los actuales crianceros mandaron el ganado en un tren de carga hasta un campo en el sur para que engordaran, pero ninguno de esos vacunos regresó. Quienes conocen la historia dicen que los animales se perdieron.

Y aunque ese fantasma seguía rondando entre los crianceros, al día siguiente salió otra caravana desde Illapel con seis camiones más, y al subsiguiente, otra con nueve. En total, a San Nicolás llegaron 541 animales. Luego, le tocó el turno a los crianceros del fundo de Longaví. Como allá serían más vacunos, entre todos eligieron a una familia para que se encargara del pastoreo, un trabajo por el cual pagarían 500 mil pesos mensuales.

—Me eligieron a mí —dice

Jacinto Castillo—. Como yo venía con mis animales, era la persona ideal para ser capataz —agrega.

El municipio sugirió partir después de las fiestas del 18 de septiembre, pero los campesinos no quisieron esperar. Así, el 15 de ese mes, 193 vacas, 18 caballos y 420 cabras se embarcaron rumbo a la Región del Maule, a 600 kilómetros.

—Nos vinieron a despedir los amigos, los familiares, todos contentos —recuerda Castillo, que horas antes de partir tuvo dudas sobre lo conveniente de viajar—. Estaba todo listo, cuando una persona dijo por la radio que el lugar donde íbamos estaba demasiado malo. Yo fui a conversar con él y me comentó que el pasto estaba corto —agrega.

Pero ya era tarde para arrepentirse. Esa noche, junto a su esposa y un hermano viajaron a Longaví. Mientras la caravana avanzaba, a la altura de Curicó, la lluvia comenzó a golpear el parabrisas. "Un buen augurio", pensaron ellos, que no veían caer agua desde hacía meses. Sin embargo, las cosas solo empeorarían.

Ana Aguilera no olvida ese paisaje: la luz del amanecer, el cielo azul aún cargado de agua, la capa de rocío, la humedad y el frío. Evoca esos recuerdos y su cuerpo parece entumecerse nuevamente. Aquella mañana del 16 de septiembre, cuando por fin pudieron ver el lugar, la alfombra de pasto con la que tanto se habían ilusionado no apareció por ninguna parte. Al frente solo tenía un barrial. Y entonces —recuerda— su esposo le hizo una pregunta que detonó el arrepentimiento: "¿En qué momento estaríamos que llegamos acá?", le dijo Castillo mientras aclaraba el cielo.

En Hualañé, Jacinto y Ana levantaron un campamento donde antes no había nada. Hicieron un espacio para el comedor, una pieza con plástico y fonolas donde duermen, un lavadero, una copa de agua, un corral y tienen electricidad. "La gente viene para acá y dice: 'Ustedes llevan cinco meses y han hecho maravillas'", cuenta Ana.

Pero el problema no era solo para los animales.

—El caballero que vivía ahí me dijo: "El patrón quiere que le muestre dónde usted va a quedar". Miré y me dijo: "Esto es lo que hay". Yo me quería morir. El corral que teníamos en Illapel era decente para lo que me estaba mostrando. Parecía que el techo era de cartón y en el piso había una capa de bosta y barro. Lloré sola —recuerda Aguilera.

Esa mañana, luego de bajar los animales de los camiones, el matrimonio instaló una carpa en la que vivirían durante el pastoreo. Con los días llegaron nuevas caravanas de camiones, hasta que el lote alcanzó las 664 vacas, 86 caballos y 420 cabras, de las cuales 380 le pertenecían a Jacinto Castillo. Aunque en algunos lugares afloró el pasto, el asunto se volvió angustiante: por más que la vacas intentaran morderlo, no conseguían agarrarlo. Los animales empezaron a morir y algunos incluso debieron ser sacrificados.

—Vivimos cosas que nunca antes habíamos visto. El fundo tenía mucho fango y los animales se metían y no podían salir. Yo veía cómo los jotes se comían a los vacunos vivos. Cuando los íbamos a sacar, los animales no tenían ojos y había que matarlos —describe Castillo.

En la desesperación, en vez de subir hacia los cerros en busca de comida, las vacas comenzaron a romper los cercos y a pasarse hacia los predios vecinos. El dueño de uno —dice Castillo— llegó un día a advertirle que le dispararía a todas las vacas que viera en su propiedad y en dos ocasiones debió perseguir a unos cuatreros a través de los cerros. Hasta que un día, una nota en la prensa local dio cuenta de un grupo de animales muertos amontonados en el terreno. El 24 de septiembre, a ocho días de haber llegado a Longaví, Castillo salió hablando en televisión: "Aquí no hay comida para engordar animales", dijo. Y desató la incertidumbre.

—Se recorrió todo el fundo y no había nada, así que informamos a Illapel que estaba malo —recuerda hoy.

Por entonces se hablaba que el traslado se había hecho a espalda de las autoridades de la comuna, que había riesgo de una emergencia sanitaria y que los crianceros y el dueño del campo estaban en conflicto.

—Nosotros fuimos engañados en ese fundo, porque el caballero que nos arrendó dijo

> “Yo veía cómo los jotes se comían a los vacunos vivos. Cuando los íbamos a sacar, los animales no tenían ojos”, dice Jacinto Castillo.

que iba a tener casa, por eso también nosotros vinimos. Empezamos con problemas apenas nos bajamos del camión. Al frente vivían dos viejitos, que estamos muy agradecidos de ellos, que nos prestaron el patio de su casa para que pudiésemos quedarnos en carpa —agrega él.

El capataz asegura que si bien ellos estaban acostumbrados a dormir en la cordillera en verano, las condiciones de este viaje fueron distintas: por el invierno, por lo que significaba llevarse a los animales a 600 kilómetros y porque se trabajaba de día y de noche.

—Yo me culpaba por no haber venido antes personalmente a ver el fundo —dice.

A los días llegó una comisión desde Illapel. A cargo venía Domingo Barraza, presidente del Comité de Sequía, el mismo que había firmado el contrato de arriendo. A Barraza le tocó dialogar con los vecinos del predio y con el dueño del fundo.

—Al ver el ganado allá, las redes sociales se abalanzaron. Dijeron que habíamos ido a botar a los animales. La gente se empezó a molestar. Yo les dije que no eran solidarios, que estábamos sufriendo una sequía inmensa y queríamos salvar algo —recuerda Barraza.

Y pese a que logró dar vuelta esa opinión, no consiguió que el contrato siguiese operando.

—Con toda la polémica, el dueño del fundo me dijo que quería caducarlo y nos devolvía la plata. Los crianceros estuvieron de acuerdo, porque el pasto no había crecido nada.

Barraza aprovechó el mismo viaje para cerrar un contrato en otro predio, esta vez en Hualañé, a 134 kilómetros al norte de Longaví. El terreno tenía 300 hectáreas y costaba un millón de pesos por tres meses. Lo mejor es que allí el pasto estaba largo.

Los crianceros se demoraron nueve días en rodear a los animales para trasladarlos. Como no tenían caballos ni conocían el lugar, salían a pastorear de a pie, por lo que les fue imposible abarcar el territorio completo. Cuando las contó, Castillo tenía 50 cabras menos, entre las que se habían muerto, las que estaban perdidas y los corderitos que regaló para que no murieran de hambre. A todos allí les faltaban animales.

No había día que Castillo no echara de menos Illapel.

Cuando Ana Aguilera vio la enorme patagua que tenía al frente, enredada por una zarzamora que había crecido a la par, imaginó inmediatamente que allí podía estar su comedor. Entonces, agarró una tijera y comenzó a podar hasta hacer un túnel. En pocos días llegó al tronco del árbol. Luego fumigó el terreno, trasladó una mesa, unas sillas y un refrigerador que un vecino de Hualañé le facilitó.

—Todo lo que hay lo hicimos nosotros. Esto era un peladero. La gente viene para acá y dice: “Ustedes llevan cinco meses y han hecho maravillas” —explica Aguilera, mientras recorre el lugar.

Desde la casa del vecino les llega un cable con electricidad, hicieron una copa de agua para abastecer un lavadero y construyeron una pieza grande con malla raschel, plástico, fonolas y frazadas, sobre una estructura de palos y piso de tierra, donde instalaron dos camas y todas las mochilas con ropa que andan trayendo. Afuera hay una mesa donde toman once y hace algunas semanas instalaron un televisor que una hija, que vino desde Iquique en una *motorhome*, les trajo cuando los fue a visitar. El aparato utiliza la tapa de una olla como antena.

Los Castillo Aguilera llegaron a Hualañé el 27 de octubre del año pasado. Por primera vez en muchos meses, los animales comieron a destajo. Y cuando parecía que todo iba bien, a Ana Aguilera le informaron desde Illapel que su madre había fallecido.

—Yo la cuidaba y dejé todo por venir. Nosotros somos así, Jacinto va a la punta del cerro y yo lo apaño. A mi mamá nunca le conté lo que íbamos a hacer, y un día una hermana me llama para decirme que ella estaba muy mal y luego murió. A mí esto me va a marcar para siempre.

Aguilera ha regresado en solo dos oportunidades a Illapel: para el funeral y para una misa en su recuerdo. Navidad y Año Nuevo lo pasaron en Hualañé.

—Dejamos una familia, una casa y un predio donde mi esposo había sembrado alfalfa. Mi hija que vive con nosotros no quería que viniéramos. Ella decía que no necesitábamos trabajar tanto, pero Jacinto se crio con esto desde que abrió los ojos —agrega.

Jacinto Castillo está encaramado en el estanque del agua. Desde la Municipalidad de

Hualañé le han mandado a llenar el recipiente. Van una vez a la semana. Desde allí arriba se ve en perspectiva todo lo que la familia ha construido, incluido un enorme corral donde las cabras regresan a dormir todas las noches. El rebaño ha disminuido, pero se ve saludable. Incluso, hasta hace algunos días estuvieron dando leche. Todas las mañanas, luego de hacer una ronda de madrugada, cuidando que las vacas no se pasaran a los campos aledaños, Castillo y su esposa ordeñaban cabras para hacer queso.

—Todos los días me compraban uno o dos y el resto los mandé a mi casa. En Longaví no hicimos ninguno —dice ella.

En los casi cinco meses que llevan en Hualañé, los crianceros que son dueños del ganado han ido alrededor de siete veces al predio. Han reparado cercos y supervisado la engorda de los animales. Todo iba bien hasta que a fines de diciembre del año pasado, la curva del pasto se fue en picada, y para enero ya había desaparecido por completo. La sequía los perseguía.

La única comida que quedaba estaba en las cimas de los cerros, y los animales ya habían alcanzado su *peak* en peso, algunos superando los 400 kilos. Fue entonces que en Illapel comenzó a discutirse la idea de venderlos, antes de que adelgazaran.

El 15 de enero, un grupo de crianceros llegó hasta el predio de Hualañé con la idea de negociar con pequeños ganaderos locales. Durante los días previos, un aviso en la radio había servido para anunciar la venta. Estaban esperanzados en lograr buenos precios, pero nada fue como esperaban. Las más de 500 vacas disponibles que había saturaron el mercado local y se terminaron transando a lo mismo que valían cuando estaban moribundas.

—Regalaron los animales a 40 o 50 lucas. De años criando para venir a regalarlos —dice Aguilera, apenada por quienes debieron regresar a Illapel sin nada.

Jacinto Castillo arregla una manguera que va hacia un bebedero. Sale un hilo de agua que proviene desde un pozo pequeño. Un caballo con la piel pegada a las costillas se acerca a sorbetear. Hasta hace poco, allí también había comenzado a escasear el agua. El capataz asegura que los vecinos no recuerdan una sequía tan grande, si hasta el río Mataquito, dice, ya prácticamente desapareció.

Castillo mira alrededor. Una luz anaranjada de la puesta de sol va pintando su cara, el bebedero, las vacas que hay detrás suyo, los cerros del final y la planicie donde antes había pasto. Todo está seco, café, agrietado y repleto de cuevas de camarones que, en pocos meses más, cuando lleguen las lluvias, convertirán ese lugar en un barrial.

—Hay gente que vendió sus animales porque ya no quieren gastar más. Y los entiendo, son personas que vienen de tan lejos. Pero hay otros viejitos que quieren llevárselos a Illapel —cuenta.

En el campo quedan alrededor de 300 vacas, pero ninguna de ellas puede regresar. Antes de partir, en el SAG y en el municipio les advirtieron a los crianceros que las regiones del Maule y Ñuble no estaban libres de brucelosis bovina, una enfermedad que en Illapel no existe. De manera que si el ganado salía de la región, era un hecho que no regresaría, a menos que fuesen vacas con menos de un año, de las que casi no hay allí.

—La gente acá quiere que les vendan las vacas baratas. Todos creen que nosotros no sabemos qué hacer con los animales —se lamenta.

Castillo piensa en sus compañeros que a mediados de enero se fueron a Illapel por primera vez en sus vidas sin vacas.

—Son viejitos, ¿en qué más van a trabajar? El trabajo de ellos es ir al campo, a la cordillera y eso les hacía bien, porque estaban acostumbrados a tomar choquita, a echar la talla con sus amigos y a dormir allá, y ahora van a quedar sin nada. Es una cosa terrible lo que está pasando. Igual que nosotros quedáramos sin cabras, ¿a dónde voy a trabajar? —se pregunta.

A ratos, la incertidumbre lo aterra. Cuando pasa eso, su esposa es la que lo rescata. Dice que ella lo sacó de una depresión cuando estaban en Longaví solo levantándole el ánimo. Ana Aguilera, además de optimista, es muy crítica. Mirando con distancia, dice hoy, las cosas podrían haberse hecho de manera diferente.

> “La gente quiere que les vendan las vacas baratas, creen que no sabemos qué hacer con los animales”, se lamenta Jacinto Castillo.

—Nosotros pensamos que todo se hizo mal. Se gastó mucho dinero en el traslado. Mejor nos hubiésemos quedado en la casa y nos hubiesen dado ese flete en alimento. No habríamos vivido todo lo que pasamos.

En el municipio de Illapel, sin embargo, piensan diferente. El alcalde Denis Cortés, que lleva 11 años en el cargo, cree que el esfuerzo valió la pena. Al menos, dice, lograron que los animales no murieran.

—Por el alto costo y la escasez del pasto enfardado es que nosotros empezamos a ver la forma de cómo sacar el ganado de acá. Los crianceros estuvieron totalmente de acuerdo. Obviamente que había un riesgo, porque la mayoría de los animales estaban en muy malas condiciones. De hecho, en el transporte hubo algunas muertes, pero la gente decía: “Preferimos arriesgarnos antes que quedarnos con los brazos cruzados” —explica el alcalde.

El 21 de febrero se realizó una nueva venta. Ese día, cerca de 15 crianceros de Illapel llegaron a Hualañé a ofrecer sus vacas, pero solo 25 fueron comercializadas. El precio no ha variado. Esa noche, reunidos en la mesa que la familia tiene a un costado de la pieza, el grupo conversó de lo que les pasaba. Fue una instancia de desahogo y de recuerdos. Nuevamente, alguien mencionó el traslado en tren que habían hecho sus padres. No dejaban de sorprenderse que varias décadas después ellos estuviesen pasando por lo mismo, a punto de perderlo todo.

Por ahora, los únicos animales que pueden volver son las cabras, pero Castillo no sabe si regresará. Para trasladarlas le cobran cerca de dos mil pesos por kilómetro, dinero que no tiene, y hasta ahora ninguna autoridad se ha ofrecido a financiar el retorno. Más que lo monetario, lo que le preocupa a él y a su esposa es la salud de su rebaño.

—Todo el sacrificio, todo lo que pasamos, ¿y vamos a tener que irnos a la casa y ver morir a nuestros animales? —se pregunta Aguilera.

Seguir desplazándose en busca de pasto sigue siendo la mejor opción. El viaje continúa. S